CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nuestros lectores atravesar al general Fernandez con su regimiento, rumbo á San Cosme, donde se oian los disparos de la artillería, al tiempo que su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márquez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragoso las detuvo con un grupo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernandez hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle, dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cuantas líneas, y el corazon del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo uno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo; y tomó los papeles que le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernandez, arrebatado por sus celos infundados, no habia querido leer la carta de Luz, en la que le incluia la de su moribunda madre.

Eduardo llevaba en su cartera la fatal noticia de su orfandad, y por una de aquellas casualidades, preparadas por el destino, ignoraba aún esa pérdida irreparable.

La bala del rifle habia roto el sobre de la carta, y el general pudo reconocer la letra.

—Dios mio! exclamó, soy un insensato! he tenido tanto tiempo las palabras de mi madre sobre el corazon, y no las he querido escuchar.... sí, es su letra; ¡madre mia! ¡tanto tiempo sin saber de tí! Vamos, si no hay un hijo que merezca serlo, y menos yo.

Trémulo de emocion, desdobló el papel, y leyó:

"Hijo mio:

"Las aflicciones de que he sido víctima en estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba.... Ya no me volverás á ver!....

"Dios me ha enviado un ángel que reciba mis últimos suspiros; ese ángel de bondad es Luz, de cuyo amor no puedes dudar.

"Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro.... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!....

"Voy á decirte mi última palabra:

"¿Quieres que baje tranquila á la tumba?

"Ofréceme que Luz será tu esposa; esta es mi voluntad, es la voluntad de quien te ha dado el sér y te consagra todo su amor en los postreros instantes de su existencia!.... adios! ... hijo mio!.... sé bueno."

Aquí estaba interrumpida la carta, porque la bala habia arrancado el fragmento del papel.

Eduardo se sintió desfallecer, bajóse del caballo, apoyó su frente en la cabeza de la silla, y comenzó á llorar en silencio.

—Algo le pasa al general, dijo Juan á su hermano Simon; ese hombre no acostumbra llorar.

Acercarónse con solicitud los gemelos á su padre adoptivo.

—Señor! se aventuró á decir Juan; ¿qué le pasa á usted?

Eduardo no le escuchaba.

—Vamos, algun pesar tiene usted, dígalo á sus dos hijos, ya ve usted cuanto le queremos.

—¡He perdido á mi madre! ¡soy muy desgraciado! exclamó sollozando el general.

Aquellos dos jóvenes abrazaron á su buen amigo, y sus ojos se humedecieron al ver el llanto, última ofrenda del hijo sobre el altar sagrado del amor filial.

—Vamos al alojamiento, necesita usted descansar.

—Lo que necesito es morir.

—Está usted muy afligido.

—Estoy solo en el mundo.

—Es verdad; ¿qué vale nuestro cariño ante ese tesoro que acaba usted de perder?.... no obstante, ya estamos acostumbrados á acompañar á usted, y esto no vale nada; pero cuando uno es huérfano y encuentra la sombra de un corazon bondadoso y lleno de virtud, entonces.... entonces renace la felicidad, y cae un bálsamo en las heridas del alma.... pero ya que no puede escuchar ahora nada, es una impertinencia hablarle de consuelo, cuando lo que necesita es desahogar su pecho.

—Es verdad, dijo Eduardo estrechando á su corazon aquellos pobres huérfanos que tanto le amaban.

—Suba usted á caballo, le va á hacer mal este sol.

El general obedeció la voz del jóven, y triste y cabizbajo se dirigió á su alojamiento.

Los gemelos le dejaron solo.

II.

—¿Qué habrá pasado con Luz? se preguntaba el general; esa pobre niña ha acompañado á mi infeliz madre en sus últimos momentos.... me parece que oigo aquella voz veneranda que al despedirse me encarga á esa criatura.... yo no tengo derecho de abstenerme, mi madre no podia engañar á su hijo, Luz no ha dejado de verla, yo tengo contraida una deuda inmensa de gratitud.... junto á este deber, se levanta el cariño de esa muger con la esencia purísima de la regeneracion.

Aquella alma adolorida, envuelta en la sombra de la desgracia, se sentia alumbrada por un rayo apacible de luz.

Todos sus sufrimientos de los aciagos dias de la revolucion, estaban compensados, puesto que Luz no le habia olvidado.

Su obcecacion al no haber querido leer la carta, habria tal vez hecho perder la esperanza á aquella criatura, y sepultar en lo mas secreto de su pecho el amor de Eduardo.

Le habria olvidado?.... Este era el temor del jóven, y á esta terrible idea su amor crecia como una ola arrebatada por el viento.

Los recuerdos santos de su cariño, unidos á la amarga hiel de los pesares, trasformaron aquel sér, determinándolo en una situacion concentrada de ternura y melancolía.

El triunfo de las armas republicanas estaba decidido, y esto aumentaba mas su ansiedad.

Ir al sepulcro de su madre, arrodillarse delante de aquella piedra, arca de sus sueños y de sus esperanzas, llorar hasta dejar seco el pecho y el corazon, orar ante aquellos restos, contarles como si pudieran oirle, todos sus sufrimientos, todos sus dolores, y pedirle á su buena madre la bendicion, ese signo misterioso que llena de perfume la existencia con la influencia de su santidad, correr despues á mojar con su llanto la mano de Luz, renovarle su cariño, decirle mil veces que la amaba, que habia sido injusto con ella, y hacerla su esposa. He aquí los ensueños y las ilusiones de aquel corazon!

III.

Luz estaba alegre y temerosa; sabia que su amante regresaria pronto del campo, y llegaria á saber que ella se encontraba en la misma ciudad.

Luz fiaba mucho en su hermosura, y mas aún en el amor del general: sabia perfectamente que una mirada, una palabra, una lágrima, una sonrisa, harian caer á sus pies á Eduardo.

Esa criatura llena de encantos, era irresistible.

Ademas, su inocencia, su fé y su pureza, se leian en el cielo siempre claro de su frente.

Cuatro primaveras mas habian llevado como una ofrenda á aquella hermosura, todos sus perfumes y atavíos.

Luz estaba mas bella, sus contornos habian adquirido una morbidez encantadora, su rostro cierta severidad magestuosa, y su palabra el argentado acento de los ángeles.

Su cabello se habia oscurecido, así como el color de sus ojos, y aquellas sombras caidas en la palidez de su magnífico rostro, la destacaban hermosa entre las hermosas.

Su amor, guardado por tanto tiempo en el santuario de su alma, resplandecia como el sol en las pupilas de sus brillantes ojos, y agitaba su seno de nieve como la brisa de la mañana la espuma de los lagos.

Luz se habia puesto á la ventana, donde esperaba que pasase su novio, y estaba engalanada con esquisito gusto.

Un trage de musolina trasparente como las nubes que rodean á la luna, con unas mangas abiertas rematadas de encaje, flotando sobre sus brazos de alabastro.

Un cinturon rojo, ceñido á aquel talle de abeja, con una hebilla de oro donde lucian adornos de perlas y turquesas.

Una corbata de gasa, salpicada de lentejuelas, de seda blanca, donde se ostentaba un alfiler de relicario del mejor gusto.

Su cabello, atado en lo alto de la cabeza, puesto en una red finísima, dejando ver sus orejas diminutas sin ningun adorno.

En una de aquellas manos de criatura, llevaba un anillo de pelo y otro de esmalte con un magnífico solitario.

Luz tenia entre sus labios un clavel.

Nunca una rosa tuvo búcaro mas perfumado que su mismo cáliz.

Aquel clavel pasaba por abeja sobre la flor entreabierta de esa boca.

Aquella mujer se declaraba en conquista con tantos atractivos.

Algo llamó su atencion, pues se levantó violentamente, y asida á la reja de la ventana, comenzó á hacer señas con el pañuelo.

IV.

Hemos dicho que la plaza y las calles de Tacubaya estaban completamente llenas.

Entre aquella multitud, habia soldados y asistentes que compraban provisiones para sus gefes.

En uno de los *puestos* que estaba próximo á la ventana donde la jóven

ostentaba su lujo y su belleza, habia dos guerrilleros enamorando á la patrona.

—Oiga, niña, decia uno de ellos; ¿no quiere usted mantener á un flojo?

—Compre lo que ha de comprar y no entretenga.

—Soy capaz de robármela con todo y melones; mire, los *mochos* no tienen una muchacha tan linda.

—Calle! calle! decia la jóven vendimiera.

—Ha caido el imperio, y no habia de rendirse ese pecho.

—Eso está en veremos.

—No por pobre desmerezco, le voy hacer un *santiaguito*, y sonó las monedas que llevaba en la bolsa del pantalon.

La vendimiera hizo una mueca.

—Este es maíz para las gallinas, yo sé tirar el dinero, conque....

—Conque, llévese la fruta, que luego se incomoda el general.

—Estanislao Luna no tiembla mas que delante de esos ojos, dijo el *chinaco* tirándose atras el sombrero.

Luz, que estaba en la ventana, reconoció al asistente y comenzo á llamarle con el pañuelo.

Luna se acercó á la ventana.

—Estanislao! gritó la jóven.

—Niña Luz! exclamó el guerrillero estrechando por entre las rejas la mano de su protectora.

—Y Eduardo?

—Bueno y sano, y con la faja mas verde que una lechuga.

—¿No sabe la muerte de la señora?

—Conque se murió la vieja, eh? pues me alegro.

—Estanislao!

—Es decir, lo siento mucho, porque mi general va á hacer un sentimiento grande, figúrese usted que no habla de otra cosa, sueña con abrazar á la abuela.

—¡Dios mio! esclamó Luz, no ha recibido las cartas, era la única esperanza que abrigaba para recobrar su cariño.

—Niña, me parece mentira ver á usted por acá, ¿recuerda usted la felpa que me pegaron los gabachos por llevar la carta?

A Estanislao Luna le habia pasado lo que á Sancho Panza, con los azotes para el desencanto de doña Dulcinea del Toboso.

—Serás capaz de llevar á Eduardo un papelito?

—Una resma! por usted hasta las listas de revista.

Luz entró á su gabinete, sacó una tarjeta y escribió estas palabras: "Mi corazon te espera."

Entregó la esquela á Estanislao y le dió un escudo de cuatro pesos.

—Vaya, que está usted como una perla, niña Luz, mi general se va á volver loco, como yo con esa endiantrada frutera que no me quiere hacer formal.

—Ve inmediatamente al alojamiento de Eduardo.

—En el acto y adios.

Estanislao se detuvo por segunda vez en el puesto y dijo á la muchacha echándose el sombrero á la oreja izquierda.

—Mire, doña Lupe, aquí tengo con que quererla, y le enseñó el escudo.

La muchacha se sonrió coquetamente.

—Con esto nos paseamos una tarde, conque diga si admite.

—Qué hombre tan pesado!

—No es la culpa de quien ama, sino de la que es hermosa.

Un moceton vendedor de rebozos, que era el novio de la vendimiera, se acereó á Luna y le dijo:

—Oiga, amigo, no la *ande equivocando.*

—¿Tiene algo la señora con usted?

—¡O no tenga!

Estanislao sacó el machete, lo limpió con el pañuelo y.... lo volvió á la vaina diciendo: *no tengo gana de rifarme*, y escupió por el colmillo.

Luz estaba temblando, pero no pudo menos que reirse al ver el desenlace de aquella reyerta.

V.

Estanislao Luna llegó á la casa y dijo al general: mi gefe, *Dios aprieta pero no suelta*, tenga usted ese papelito.

Eduardo tomó la esquela y la leyó violentamente.

—¿Donde, donde está Luz?

—Aquí cerca, en su propia casa, junto al cuartel de nosotros.

—¿Y la has visto?

—Sí, mi general, está como *tronco*, derechita y linda como una carga de caballería; vamos, ni la bandera del regimiento es tan hermosa, ¡viva mi general! Es necesario que toquen diana, vea usted, mi general, me ha regalado un escudo.

—Y yo te doy otro.

—¡Viva la patria!

Estanislao se salió contentísimo, tarareando la popular cancion de "Mamá Carlota."